

ANHEIM, Étienne; FELLER, Laurent; JEAY, Madeleine; MILANI, Giuliano (dirs.), *Le pouvoir des listes au Moyen Âge -II. Listes des objets/listes de personnes*, París, ed. La Sorbonne, 2020, 320 pp. ISBN: 979-10-351-0574-7. ISSN: 0290-4500.

DOI: <https://doi.org/10.24197/em.22.2021.417-421>

Se reúnen aquí doce trabajos articulados en torno al “poder de las listas”, eje central de un proyecto de investigación (POLIMA: Le Pouvoir des listes au Moyen Âge, de la ANR) dirigido por Pierre Chastang. Un volumen anterior (2019) se había ocupado de la forma de escribirlas –reunirlas, recogerlas, transmitir las– y éste se centra en tres perspectivas concretas: los listados en sí (Diane Chamboduc de Saint Pulgent, Laurent Moulinier-Brogi, Karin Becker y Hanno Wijsman); la lista como monumento (Eliana Magnani, Carlos Reglero de la Fuente, Bruno Laurioux y Jean-Claude Mühlethaler) y el elenco como forma de dominio (Nicholas Schroeder, Philippe Bernardi, Madeleine Jeay, Thierry Bonnot). Anunciando ya un tercer volumen para las categorías de espacio y/o tiempo que las listas acarrearán, aquí la atención se centra particularmente en lo que se escribe, seleccionando un ambicioso y en algunos casos singular elenco tipológico de listados, la mayoría poco convencionales. En último término, se trata de objetos y de personas –vivas o muertas–, que se han recogido y anotado de una manera u otra. Y esa es la parte más relevante: quién ha elegido recogerlas, por qué, con qué objetivo; y, por tanto, qué lectura hacemos del listado yendo mucho más allá del elenco material. La última de las aportaciones (Bonnot), de hecho, es realmente una reflexión antropológica sobre los objetos en sí y la cultura inmaterial que amparan. La idea de un “poder” de las listas obliga precisamente a interpelarse sobre sus efectos, implicaciones y sobre la realidad que aprehenden. A mirar detrás del objeto o de la persona anotada.

Los coordinadores destacan el imprescindible lazo entre el objeto y el dueño, que reviste al primero de un valor y personalidad propia. Esa “vida social del objeto” que es, en último término, lo que se pretende dilucidar. Dos puntos de vista se destacan: el análisis del agrupamiento mismo de objetos en un listado, con variedad de motivos; y el de personas o bienes, para ser controlados de alguna manera. El libro descubre un interesante cuestionario ligado precisamente a las dinámicas que rodean la confección de unos y otros; reflexiona sobre los lazos entre objetos y personas, y sobre las cabezas pensantes que encargaron o confeccionaron estos listados. Sobre los realizados para controlar un orden dado, y sobre los que, a la inversa, buscan producir un orden nuevo. O lo producen, aunque no lo busquen.

Las tres partes del volumen responden a este guion; la primera centrada en las listas como evidencia de un conjunto; la segunda dirigida hacia la visión de la lista

como monumento y la tercera centrada en la lista como expresión –o construcción– de dominio. En cada uno se han buscado miradas diversas –cuatro por bloque–, y muy distinto tipo de materiales.

En el primer bloque (“la lista como totalidad”), D. Chamboduc de Saint Pulgent se centra en padrones de población de finales del siglo XIV, con particular atención a la materialidad de las fuentes, tanto como reflejo de la gestión misma de la villa y de su archivo, los procedimientos y capacidad de control sobre la población, como desde un interés ulterior, relativo al control por parte del poder, la caracterización de la población y la fusión con el espacio que los propios listados definen.

Laurent Moulinier-Brogi se interesa en cambio por la lógica de los elencos de tratados de Medicina realizados entre los siglos XII a XV, en concreto los relativos a todos los signos posibles de enfermedad, en particular los tratados sobre la orina, que responden a una tipología específica. El interés se centra en los principios y el papel que estos textos tienen en la medicina medieval, en la lógica que preside esas enumeraciones y en sus representaciones gráficas, dado que estos elencos incluyen un aparato gráfico del que el autor hace una selección. Su confección implica un intenso análisis del color –motivo por el cual conocemos listas así para estudiantes de Arte, ya en el siglo XIII– y de otras caracterizaciones del líquido necesarias para el diagnóstico médico.

En este mismo bloque, Karin Becker se ocupa de listas insertas en una de las diversas y abundantes manifestaciones literarias bajomedievales relacionadas con la muerte, donde se anotan listados de personas que ya han muerto o van a morir: las danzas de la muerte. Caracterizadas por una considerable riqueza descriptiva y variedad tipológica, estos elencos pretenden la exhaustividad, aunque se trate de una totalidad nunca completada. Le interesa a la autora cómo cambia la imagen de la muerte en los casos elegidos y cómo se generan nuevas formas de expresión. La lista macabra es, en realidad, un medio para vencer a la propia muerte, inmortalizando a los difuntos recogidos con sus nombres.

El último de los trabajos en este bloque se refiere a ciertas listas de libros de la biblioteca de la corte de Borgoña al final de la Edad Media, de Hanno Wijsman. El punto de partida es una relación de libros copiada a principios del siglo XVI en la guarda de un códice de la biblioteca, cuyo sentido el autor analiza desde el punto de vista de su contenido y del valor de los libros, para proponer quizá un destino de formación para un infante ducal, seguramente una niña, quizá Margarita de Parma, hija ilegítima de Carlos V. Se analizan luego cuidadosamente otros listados de diversos inventarios cuya cronología importa para entender su sentido y objetivo, y donde se enumeran así mismo los tesoros ducales. Se atiende aquí una vez más a la materialidad del inventario y a cómo se ordenan y clasifican los objetos –y los libros–, y no sólo a su contenido.

En el segundo bloque del libro, (la lista como “monumento”), Eliana Magnani se centra en objetos ligados al personal eclesiástico y a los pontífices planteando

una interesante reflexión respecto a su papel como vehículo de concepciones diversas, percepciones culturales, etc., en este caso ligadas a un contexto eclesiástico de gran interés. Con una larga secuencia de anexos, su aportación se sustenta en documentación de los siglos VII al XV relativa a fundaciones y beneficios instaurados por cada pontífice y obispos, incluyendo construcciones y los objetos ligados a ellas, bienes fundiarios, manuscritos, etc. El análisis atiende la disposición, orden, unidad textual y contrapone los diversos textos para proponer que la puesta por escrito prolonga la existencia del objeto, de hecho, lo “instituye”. La lista adquiere así un carácter de ensamblaje de cosas singular, y a la vez es instrumento descriptivo y explicación que –expresa– reinventa el objeto a través de una cadena de transformaciones y transmisiones que el historiador tiene necesariamente que atender.

Carlos Reglero de la Fuente se ocupa a continuación de los obituarios de San Isidoro de León, en concreto de tres necrologios de San Isidoro y dos listas de reyes de León: es decir, de una singular variante de las listas de personas. Tras aclarar cuestiones de definición entre obituario y necrologio, ambos listados de difuntos y ambos elencos abiertos, pero con destinos y objetivos distintos, desarrolla el análisis de los manuscritos y su formato. Estudia así cada uno de los tres necrologios, el Libro de Horas de Fernando I (1055) –cuyas hojas finales pueden considerarse un necrologio– y una lista de óbitos incorporada a los Anales Castellanos II. Su estudio pone de relieve, entre otras cosas, la secuencia de donaciones recibidas por San Isidoro, los intereses ligados a la reorganización de las tumbas del panteón regio, e interesantes vías de legitimación de la realeza, en concreto tras el accidentado acceso al trono de Fernando I (1037) o tras la tortuosa ascendencia de Alfonso VII. Estos elencos de difuntos fijan categorías de personas y, en algunos casos, actúan como sistema legitimador por la vía de la selección estratégica de los ancestros.

Bruno Laurioux, todavía en este bloque, se ocupa de las listas de menús, que considera una forma de perennizar algo en sí mismo efímero: la comida, los platos. De nuevo, como en casi todos los casos, empieza por una serie de consideraciones léxicas, enlazadas con la presencia / evolución de la terminología y de sus contenidos. Y sigue por otras de tipo conceptual, dado que el término menú es una realidad más propia del período moderno, ligada al listado de los platos que se van a servir en el marco de las casas principescas, ya en el s. XVI. Pero, insiste, “la cosa” ha precedido a “la palabra”. La hipótesis planteada tiene que ver con cómo la administración curial establecía ya desde la Edad Media listados provisionales de lo que se había de servir, basados normalmente en comidas ya realizadas en otras ocasiones. Parte del banquete ofrecido por Carlos V de Francia al emperador Carlos IV (1378) en su visita a París, y sigue con un dossier de banquetes de los reyes de Inglaterra, en particular con motivo de las coronaciones. Finalmente se ocupa de la problemática de casar platos y vinos, como se hace en Italia a finales del siglo XV. Tras una detallada valoración de estos aspectos, concluye preguntándose por los autores de estos menús.

El último de los trabajos de este bloque corresponde a Jean-C. Mühlethaler, que se ocupa del concepto de lista en sí, analizada aquí desde la perspectiva de su tratamiento literario. Varias son las obras medievales donde la lista es una forma o un recurso del relato, aparentemente inocente, a través del cual se cuele el discurso político, ideológico, simbólico, tanto si es a través de las formas de la rueda de la fortuna como si lo es a través del dios del Amor, que son sus escenarios aquí. En ambos casos recoge un elenco de nombres relevante que alguien ha conformado y definido, en unas ocasiones más bien dirigido a personajes u contextos coetáneos, como se reconocen principalmente en el primer modelo, o recurriendo a otro tipo de elementos prioritarios procedentes de la Antigüedad, como priman en el segundo.

El tercer bloque del libro atiende las listas como elemento de control o dominio (existente o construido por el propio elenco). Se sitúan aquí cuatro trabajos más bien centrados en diverso tipo de objetos o personas cuyo registro puntual implica una forma de aprehensión, o de manifestación de la autoridad que alguien ha ejercido.

Nicolas Schroeder se ocupa de listados de dependientes de un centro monástico postcarolingio en las tierras entre el Sena y el Rin. Analiza así una donación aparentemente banal donde se recogen los dependientes entregados con el lugar donado, con expresión de sus obligaciones, que no serían –¿o sí? – muy distintas a las que ya tenían con la donante. Ponerlos en la lista, considera el autor, pudo contribuir precisamente a generar esa dependencia; a una “sujeción por medio de la lista”. Esa es la función que interesa aquí, primero analizando cómo se produce este tipo de documentos –un formato de encuesta e inquisición oral que pasa luego a la escritura, como medio de legitimación– y luego ocupándose de las lógicas que lo estructuran (sociales, cognitivas), un campo aún por explorar en buena medida. Como conclusión provisional propone un lazo directo entre estos aspectos y el ejercicio del poder, en este caso en un centro monástico.

Philippe Bernardi se ocupa a continuación de al menos tres tipos de listas que, en este caso, relacionan diversos objetos en un ambiente de materiales notariales provenzales de los siglos XV y XVI. En los ejemplos (inventarios de bienes confeccionados tras el deceso del dueño o el cese de actividad de una institución), los muebles e inmuebles son recogidos en diversas modalidades de textos derivados de una obligación legal, y con frecuencia siguiendo el orden físico del espacio recorrido por el notario. El texto es, pues, “deambulatorio”, muestra un circuito y una topografía que imponen una organización concreta de los objetos de la lista y permiten incluso una valoración específica del universo personal del dueño. Un segundo tipo de listados se refiere a los bienes de un legado, con frecuencia vinculados a testamentos, ya con referencia de valores de los objetos, pero sin esa otra de la localización espacial. El tercero y último modelo está ligado a transmisiones y contratos de diverso tipo, o a préstamos para aprendices.

Madeleine Jeay prosigue con un tipo de lista muy diferente, que relaciona con “la poética” de la mercancía, y que rescata de textos literarios. Unas son

enumerativas y más evidentes, otras se esconden en los textos narrativos. Y ambas, explica, se asocian a situaciones recurrentes que definen esa poética del relato. La autora empieza su análisis recuperando algunos glosarios latinos referidos a los utensilios que luego abordará; atiende luego el planteamiento enumerativo de un conjunto de composiciones literarias que reflejan la vida de la sociedad del momento en clave satírica, y más excepcionalmente las actividades artesanales y mercantiles. Finalmente se ocupa de esas listas insertas en una narración, ligadas muy particularmente al mundo urbano y comercial, a veces con enumeración de objetos ciertamente singulares: armas, joyas, instrumentos musicales, muestra de un gusto por la acumulación y la parodia.

El último artículo del volumen es el que Thierry Bonnot dedica a la comercialización de los objetos y las cosas desde una perspectiva antropológica, con una elevada dosis de reflexión sobre su tratamiento y análisis que, quizá, podía haberse colocado en un marco de presentación más cercano al inicio del libro en su conjunto, dado que, en cierto modo, prioriza esa preocupación sobre qué hacer con los objetos y con la forma de apropiarse de ellos desde la mirada de las Ciencias Sociales. Partiendo de la base de que la Antropología se relaciona mal con la lista como elemento organizador, el autor plantea un conjunto de puntos de vista de carácter crítico respecto a las nociones de clasificación y al desapego de la disciplina hacia una visión estricta de la llamada “cultura material”. Tras recordar diversos debates respecto a estos asuntos, apunta más bien al interés por el pensamiento –del poseedor, se entiende– y no tanto –o sobre todo– por el objeto en sí, o por su uso. Si, como propone, comprender las sociedades humanas es el primer objetivo del antropólogo, y solo clasificar y ordenar no resulta suficiente, otras preguntas se hacen necesarias. Es preciso distanciarse de la cultura material en tanto que lote de cosas, para mirar hacia la “cultura inmaterial”: la que subyace detrás de esos objetos, la de su discurso. Es decir, nos devuelve al interesante cuestionario que preside este proyecto y este libro: el por qué, el para qué, el cómo.

Eloísa RAMÍREZ VAQUERO
Universidad Pública de Navarra
eramrezvaquero@gmail.com